

JÓVENES JUSTICIEROS

Autor:
Carlos del Solo

Ilustrador:
Juan Montávez

Dedicado a todos los que necesitan
que alguien les saque una sonrisa.

EPISODIO I

Cuando todo comienza

Todos los medios de comunicación de la provincia de Ávila se hacen eco de la noticia:

"La banda al completo de los ladrones conocida como 'Los verracos' ha sido hallada esta mañana en la Plaza del Mercado Grande. Estaban medio desnudos, maniatados y con manzanas verdes metidas en la boca. Todo hace sospechar que los 'Jóvenes Justicieros' están detrás de la hazaña. Cuando les quitaron las manzanas de la boca solo sabían decir cosas incongruentes. Parecían drogados con el mismo producto que suelen utilizar los ya famosos héroes abulenses para inmovilizar a los enemigos de la población. Como hemos dicho otras veces, las autoridades creen que la droga utilizada está compuesta, principalmente, de cuerno de vaca avileña y yemas de Santa Teresa. Seguiremos informando según se vayan desarrollando los acontecimientos."

En estos momentos, en la sede de la Cruz Roja abulense, se encuentran varias personas de mediana y avanzada edad, reunidas en una sala cerrada, escuchando la radio y leyendo los periódicos. No paran de decir: "¡Otro trabajo perfecto!" Y, a continuación, emiten grandes carcajadas de júbilo así como algún que otro quejido debido a las consecuencias de su última aventura.

Pero vayamos atrás en el tiempo para descubrir quienes son estos "Jóvenes Justicieros" como les llaman los medios de comunicación:

Desde hace ya un tiempo, una serie de hombres y mujeres se reúnen periódicamente en la asamblea de la Cruz Roja con el objetivo de leer y comentar diversas lecturas. Además del objetivo principal de las reuniones, siempre dedican parte del tiempo a conversar sobre los temas más variopintos. Un día, una de las componentes del grupo hizo saltar la chispa diciendo:

—¡Mira que hay cosas que están mal en la ciudad!

—¡Y tú que lo digas! —le respondieron varios componentes del grupo al unísono.

Y como unas cosas llevan a otras, este comentario llevó a que los miembros y las miembros (sí ya, ya sé que no existe la palabra, pero como está de moda la pongo) del grupo comenzaran a relatar todas las cosas que no les gustaban de la ciudad. En esa tormenta de ideas, que se produjo sin ningún tipo de preparación, surgió la idea de buscar soluciones a dichos problemas:

—¡Debemos buscar soluciones y dejar de quejarnos tanto! —soltó Eufe de repente con su fuerte voz e hizo callar durante unos momentos al resto de los presentes.

—Estoy de acuerdo con Eufe —comenzó a decir Marce—. Siempre nos quejamos pero no hacemos nada para remediarlo. Nosotros disponemos de bastante tiempo libre y deberíamos buscar soluciones para todos los problemas que hemos relatado y ponerlas en marcha.

—Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó Pili.

—Yo estoy dispuesta a cualquier cosa para solucionar los problemas de la ciudad —puntualizó Isa.

—¡A mí a lanzada no me gana nadie! —añadió Juli.

—Donde vaya Juli voy yo, ¡faltaría más! —sostuvo Maru.

—Si vosotras lo creéis conveniente, ¡adelante! —dijo Feli.

—¡Hay San Antonio! —añadió Nati mientras se santiguaba.

—¡Pues yo no voy a ser menos: si la liamos, la liamos todos! —dijo Flori.

Carlos, que es el que coordina un poco las reuniones, dentro de sus posibilidades porque como podemos comprobar se le va de las manos con frecuencia, miró sonriente a los componentes del grupo. "Se va a liar parda", pensó para sí mismo.

Después de mucho hablar y discutir de uno en uno o, en muchas ocasiones, todos a la vez, cosa

esta última que Pili desaprueba y con razón, se llega a la conclusión de que pueden, de manera oculta y anónima, intentar solucionar los problemas con los que se vayan encontrando.

Para ocultar sus identidades deciden realizarse unos atavíos medievales complementados con una especie de antifaces que les cubran media cara y que hacen que sean irreconocibles.

En el pecho de los trajes medievales cosen su escudo, que se compone de un dibujo de la muralla de Ávila y las letras “JJ”, que todo el mundo supone que significa “Jóvenes Justicieros” pero que realmente significa “Juntos y Justos” aunque eso no lo sabe nadie. Ninguno de ellos recuerda muy bien de quién fue la idea de las iniciales pero todos se la atribuyen. No obstante, desde que salen en los periódicos con el título de “Jóvenes Justicieros”, sin decirlo, todos se mantienen ilusionados por el nombre que les han puesto y por ello, desde entonces, ellos mismos se denominan de esta manera.

—Jóvenes Justicieros —dijo una de las componentes del grupo—. ¡Me gusta!

—¡A todos nos gusta! —aplaudieron todos al unísono.

Así que el grupo se quedó con el nombre que la población y los medios de comunicación les pusieron después de que los afectados por sus acciones les describieran vestidos con atavíos medievales y con el escudo en el que aparecían las letras “JJ”.

—Lo que no veo claro es como podremos detener a los que hacen maldades en la ciudad. A fin de cuentas nuestras fuerzas ya escasean —dijo Marce en una de las reuniones en la que todos los componentes iban con sus atavíos medievales.

—Lo que tenemos que hacer es dejar a nuestros adversarios en peores condiciones de las que estamos nosotros —dijo Isa que siempre está pensando cosas.

—Yo tengo una manera —dijo Eufe.

—¡Cuenta, cuenta! —dijeron todos a la vez.

—Yo sé fabricar una pócima —comenzó a decir Eufe—, que si se ingiere reduce considerablemente la fortaleza del que la toma. Se marea, le entra flojera, empieza a ver estrellitas por todas partes y al final, junto con una risa tonta, de esas que dan ganas de abofetear al que la posee, se queda medio paralizado.

—¡Pero a ver como hacemos que beban la pócima! —dijo Flori, que muy claro no lo veía.

—Es cierto —dijo Feli—. Cualquiera se acerca al malo y le dice: “¿Quiere usted un traguito de esta pócima que le va a dejar medio tonto o tonto entero?”

—Y me pregunto yo —dijo Carlos que siempre estaba más callado que los demás— ¿Funcionaría si hacemos unos dardos y se los disparamos con una cerbatana como hacen los indios del Amazonas?

—Pues no tengo ni idea —soltó Eufe con su fuerte voz—. ¡Pero podemos probar!

—¿Y cómo lo probamos? —dijo Maru levantando las manos.

—Lo único que se me ocurre es que hagamos la pócima y fabriquemos los dardos así como el artillugio para lanzarlos. Después podríamos probarlo con un voluntario —comentó Pili muy seria, con lo que no sabemos si hablaba en broma o no.

—Eufe, ¿es necesaria mucha poción para que surta su efecto? —preguntó Nati que poco pregunta pero que cuando lo hace, lo hace de manera contundente.

—Si en vez de beberlo se les va a “inyectar” yo creo que con poca cantidad se conseguirán sus efectos —dijo Eufe—. Hay que pensar que los componentes de la pócima son muy potentes.

—Y... ¿Qué componentes necesitamos? —dijeron varios miembros (y miembros) a la vez.

—Necesitamos un cuerno de vaca, unas yemas de Santa Teresa, una pizca de tomillo y otra de romero —comentó Eufe mirando al techo.

—¡Te estás riendo de nosotros!

—Si tanto me río de vosotros —se enfadó Eufe— ¡cuando haga la pócima la probáis!

—Ja, ja, ja —se rió Juli que se reía mucho y por todo— ¡Vaya cachondeo! ¡Cuerno de vaca y yemas de Santa Teresa! Eso sí, con una pizca de romero y otra de tomillo. ¡Ja, ja, ja! ¡Yo me ofrezco voluntaria para la prueba!

—¿Seguro? —le preguntaron todos.

—¡Seguro! —dijo Juli—. No me dan miedo ni las agujas, ni las yemas de la santa, ni los cuernos de vaca, ja, ja, ja.

—Yo tengo un cuerno de vaca —dijo Pili—. Era de mi marido y eso no se lo han querido llevar mis hijos.

—¡Solo nos faltan las yemas! Yo voy a comprarlas junto con el tomillo y el romero en un momento con el coche —dijo Marce—. De camino Pili, si quieres, cogemos tu cuerno.

—¡No se hable más! —confirmó Pili.

Así que así fue como con un cuerno de vaca que aportó Pili y unas yemas de la santa que compró Marce, junto con algo de tomillo y romero que “capturaron” de un jardín, Eufe preparó una poción de la que todos, sin excepción, se rieron.

—Sí, sí, reiros, reiros —decía Eufe mientras removía la mezcla en un cazo.

La mezcla la realizó con una cantidad que desconocemos de ralladura de cuerno de vaca y yema de Santa Teresa aplastada a lo que añadió romero y tomillo, acompañado todo ello de una buena cantidad de suero fisiológico que Marce se encargó de birlar del botiquín. También consiguieron una jeringuilla con su correspondiente aguja para realizar la prueba.

Una vez realizado el mejunje llegó el problema de a ver quién se lo inyectaba a Juli pero se resolvió en un periquete.

—¡Yo se lo inyecto! —dijo con una sonrisa Isa, ya que siempre era muy decidida.

Y dicho y hecho. Eufe cogió una pequeña cantidad de su pócima con la jeringuilla y se la pasó a Isa. Juli, que ahora ya no se la veía tan decidida, se remangó un brazo y miró de reojo a todos.

—¡Espero que sepas lo que haces! —le dijo Juli a Isa poniéndose muy seria.

—¡No me seas llorica! —le respondió Isa.

Y visto y no visto la aguja se clava en el brazo y el líquido que contiene pasa rápidamente de la jeringuilla al cuerpo de Juli.



—¡Pues a parte del dolor que me ha producido el pinchazo no noto nada! —dijo Juli.

Y eso fue lo último que dijo ya que, de repente, los ojos empezaron a moverse para todos los lados y su cuerpo comenzó a tambalearse. Entre varios la sujetaron y la dejaron tumbada en el

suelo. Se le puso una sonrisa tonta en la boca y no paraba de repetir “ji, ji, ji”.

—Y ahora ¿qué? —dijo Eufe con los brazos en jarras y una amplia sonrisa.

Más o menos, estuvo Juli media hora en ese estado y posteriormente comentó algo así como que por el mar corren las liebres y por el monte las sardinas, tralará. Todos se rieron de los efectos de la pócima, estando de acuerdo en que sus efectos les podían ayudar para conseguir sus objetivos.